

Mediación Cultural

participar y gestionar

colaborativa

procesos de transformación

compromiso político

colectiva

horizontal

voces

encuentro

memorias

comunitario

La Mediación Cultural es...

una forma de comprender, participar y gestionar la cultura desde una perspectiva crítica, plural y colaborativa, en diálogo con las comunidades y sus contextos.

A través de prácticas de gestión participativa, busca promover procesos de transformación, fortalecer vínculos y revalorizar los saberes y expresiones culturales, asumiendo un compromiso político con la emancipación social.

Es, al mismo tiempo, un espacio de construcción colectiva, interdisciplinaria y horizontal del conocimiento, que visibiliza problemáticas comunes y legitima la diversidad de voces, identidades y territorios.

La mediación cultural es, en definitiva, un gesto de encuentro: el hilo que enlaza memorias, saberes y deseos para seguir tejiendo la trama viva de lo comunitario.

/ Preámbulo

Nosotros y nosotras, mediadores y mediadoras culturales, artistas, gestores, educadores, estudiantes y referentes de instituciones, cooperativas, organizaciones comunitarias y espacios artísticos, educativos y sociales de la cultura local, reunidos en comunidad de aprendizaje y construcción colectiva a través del curso "**Entre Saberes: Mediación Cultural en la Comunidad**" de la Universidad Nacional del Litoral, por voluntad y compromiso con nuestros territorios, en cumplimiento de los vínculos construidos y los saberes compartidos, con el objeto de:

- ~ fortalecer la mediación cultural como práctica horizontal, plural, crítica y colaborativa;
- ~ afianzar el diálogo con las comunidades y sus contextos;
- ~ consolidar procesos de transformación social a través del arte y la cultura;
- ~ promover la democratización de la cultura, la gestión participativa y la democracia cultural;

- ~ revalorizar los saberes, memorias y expresiones culturales diversas;
- ~ legitimar la pluralidad de voces, identidades y territorios;
- ~ asegurar el derecho a la cultura para todas las personas que habitan y habitarán nuestros espacios comunitarios;

* * *

Asumiendo un compromiso político con la emancipación social y reconociendo la cultura como entramado vivo de saberes, prácticas, lenguajes y vínculos que articulan la vida comunitaria, invocando la potencia del encuentro, la construcción colectiva y el tejido solidario entre memorias, saberes y deseos, declaramos, proponemos y establecemos este Manifiesto como hoja de ruta hacia la ciudad cultural que deseamos construir juntos y juntas.

/ Manifiesto por la Mediación Cultural en la Comunidad

Nos encontramos en un tiempo que nos moviliza a reimaginar la cultura como ejercicio colectivo de emancipación. Frente a la fragmentación y el debilitamiento de los lazos sociales, afirmamos que la cultura no es un entretenimiento ni un privilegio: es un derecho humano fundamental, un territorio donde se tejen identidades, memorias y futuros posibles.

Este documento es una apuesta política, una declaración de principios y un horizonte de deseo. Nace de la convicción de que la mediación cultural no es un oficio neutral, sino una práctica situada, comprometida con la construcción de lo común y con la ampliación democrática de la palabra y la creación.

* * *

El artículo 27 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, establece que todas las personas tienen derecho a participar libremente en la vida cultural, disfrutar de las artes y acceder a los beneficios del progreso científico. En Argentina, la reforma constitucional de 1994 otorgó jerarquía constitucional al Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, y en 2025 la reforma de la Constitución de la Provincia de Santa Fe incorporó explícitamente los derechos culturales, reafirmando así el compromiso del Estado con su promoción.

Desde esta perspectiva fundante, la cultura se entiende como un espacio vivo de producción de sentidos, de identidades, de memoria y de vida colectiva. Los derechos culturales se ejercen en territorios y comunidades, a través de toda la diversidad que los habitan: culturas locales, pueblos originarios, comunidades afrodescendientes, migrantes y tantas otras formas de habitar el mundo.

* * *

Reconocer la diversidad cultural es reconocer la pluralidad de voces, miradas, saberes y modos de vida que conforman el tejido social. La garantía del efectivo cumplimiento de los derechos humanos es condición de posibilidad para ejercer, individual y colectivamente, los derechos culturales: el reconocimiento de la propia identidad cultural, la libertad de creación y expresión, la participación en la vida cultural de la comunidad, la visibilización de los saberes ancestrales y populares, la revalorización de las costumbres regionales, la garantía de la diversidad cultural, el acceso en y del territorio —físico, geográfico, simbólico, lingüístico y digital—, la promoción del patrimonio cultural tangible e intangible, la educación cultural desde la primera infancia, la comunicación y la información.



Las instituciones culturales públicas, las organizaciones comunitarias y los espacios culturales autogestionados deben favorecer políticas basadas en el reconocimiento de esa diversidad y de sus dinámicas culturales, en el respeto por la autonomía y en la promoción activa de la participación, habilitando las tensiones y problemáticas propias del entramado social. Una participación entendida como ejercicio de ciudadanía cultural

implica que todas las personas sean protagonistas en la construcción de espacios, políticas y sentidos que se ponen en juego.

Resulta fundamental que las instituciones públicas vinculadas a la cultura estén situadas en los territorios, cerca de las comunidades, reconociendo las dinámicas y prácticas culturales locales a través de encuentros que faciliten la escucha, el diálogo y el intercambio con los habitantes/ciudadanos, en vistas a que las dinámicas propuestas por dichas instituciones dejen una huella que valore y nutra lo local.

Al mismo tiempo, es necesario tejer vínculos con organizaciones independientes y comunitarias no desde una lógica de subordinación, sino desde la corresponsabilidad y la construcción colectiva. Partimos de la convicción de que en estos espacios existe un saber no académico, valioso y necesario, capaz de aportar a la gestión y organización de propuestas que aborden problemáticas complejas en un campo de diversidades muchas veces desconocido. Proponemos una articulación entre niveles —local, provincial, nacional— en clave de complementariedad y de intercambio, más que de jerarquías o tutelajes.

El territorio comunitario se consolida en el hacer común de la comunidad, es decir, en la forma en que las personas conviven, se organizan, producen sentido, definen problemas y crean memoria.

Un territorio se forma a partir de las relaciones dentro de una comunidad en un espacio definido y se sostiene a través de sus intereses y necesidades compartidas. Está compuesto por expresiones simbólicas que permiten que la comunidad se apropie de su territorio y, por ende, genere sentido de pertenencia.

A su vez, el territorio comunitario se configura también por conflictos, desigualdades materiales, despojos y luchas por la justicia territorial y ambiental. Desde esta perspectiva, la mediación cultural puede reconocer y transformar estas tensiones, cuestionar lógicas de centralización y promover una redistribución equitativa de recursos hacia periferias y barrios históricamente relegados, afirmando la soberanía cultural de las comunidades en el diseño y gestión de sus espacios.

Sin desconocer las tensiones inherentes a todo proceso social, apelamos a generar acuerdos y formas de convivencia entre múltiples modos de habitar. Poblamos un humedal inmensamente rico en su biodiversidad y en las distintas formas y dinámicas de habitarlo. Apelamos a construir vínculos de respeto y cuidado con el ambiente y la tierra que nos constituye, identifica y alimenta. Trabajar en la infraestructura de la ciudad implica trabajar en conjunto con quienes la habitan.

Aspiramos a la construcción de un territorio en que los espacios de encuentro estén diseñados para la interacción social, el disfrute, el ocio, la cultura y la educación; lugares donde la política y la ciudadanía puedan ejercerse de manera activa.

* * *

Nos aventuramos a la tarea de co-crear una pedagogía de derechos culturales, a partir de dispositivos que reconozcan a las y los ciudadanos como sujetos activos y participativos, generando las condiciones para construir comunidades culturales.

Bregamos por el desarrollo de políticas culturales que fortalezcan una democracia cultural que no se limite a brindar accesos, sino que habilite la creación, el diálogo y la toma de decisiones compartidas. Esto supone impulsar redes de cooperación, instancias de formación y encuentro, y mecanismos de gestión participativa que garanticen la sostenibilidad de los proyectos culturales.

Gestionar desde estas perspectivas implica pensar políticas culturales integrales y flexibles, donde se reconozca la autogestión como forma legítima y necesaria de producción cultural. La capacidad y posibilidad de decisión de las comunidades son condiciones esenciales para que florezca una cultura viva y activa.

* * *

Resulta fundamental la formación de y entre las y los referentes y agentes culturales, de manera colectiva y situada, que se despliegue tanto en ámbitos formales como no formales, y que tenga presencia itinerante en distintos sectores del territorio. Esta formación debe estar basada en las problemáticas de las comunidades, a partir de la escucha activa y la búsqueda común de soluciones, y orientarse a la profesionalización de las prácticas y el reconocimiento laboral de los oficios. Las y los referentes, como creadores de políticas y figuras claves en el funcionamiento de los espacios comunitarios, necesitan nutrirse de procesos permanentes de aprendizaje, diálogo y vinculación con quienes habitan el territorio y con las políticas públicas.

Anhelamos construir una práctica pedagógica igualitaria, orientada a un modelo de justicia educativa que garantice la inclusión en el acceso, la circulación y el desarrollo del conocimiento. Entendemos este acceso como un proceso democrático integral, que exige superar las condiciones políticas, económicas y estructurales que generan exclusión.

A ello respondemos con la valoración del rol de la mediación, de la labor de construir de forma dialógica el conocimiento entre pares, reconociendo las fortalezas y saberes, identidades y subjetivaciones. Basados en la premisa de que

el saber tiene orígenes diversos, el diálogo de saberes ha de volverse el eje fundamental en la construcción de la educación, promoviendo un carácter colectivo ampliamente vinculado a las problemáticas y demandas sociales.

Los saberes no habrán de permanecer descontextualizados sino profundamente vinculados a la experiencia cotidiana, formando un vínculo real entre objeto de conocimiento y realidad social, entendiendo que los espacios de aprendizaje no son ajenos a las problemáticas que los rodean.

En sintonía con una pedagogía de la pregunta, la co-creación, el ejercicio crítico, la duda, la incomodidad, la pluralidad de saberes e identidades, son motores de emancipación cultural y fundamentos para reimaginar qué significa ser mediador o mediadora cultural.

Creemos en el carácter político de la educación. Los sentidos, contenidos, valores y formas de pensar que elegimos promover reflejan nuestros posicionamientos frente al orden social, económico y cultural existente. Desde esta perspectiva, la educación y la mediación cultural apuntan al empoderamiento de sujetos con capacidad de agencia, capaces de intervenir significativamente en su tiempo y proyectar su futuro.

Garantizar los derechos culturales implica acompañar y despertar sentidos de pertenencia de manera situada y coherente con cada territorio. Las instituciones y organizaciones tienen la responsabilidad de crear condiciones para el desarrollo de sensibilidades colectivas, una tarea urgente y necesaria que se vuelve un imperativo ético en contextos donde los lazos sociales y culturales se encuentran debilitados.

En este marco, las organizaciones sociales cumplen un rol central en la construcción de una democracia cultural: son espacios donde se gesta la participación activa, se elaboran nuevas narrativas y se reconfiguran las relaciones entre el Estado y la sociedad.

Los sujetos debemos comprometernos con la escucha, la gestión colaborativa y la formación constante. Es clave reconocer que no somos agentes neutros: nuestra subjetividad está siempre en juego. Toda mediación cultural es política. Cada intervención implica un posicionamiento y una posibilidad de transformación social.

Construir proyectos culturales de manera colectiva —desde la detección del problema hasta la definición de objetivos y metodologías— garantiza que las acciones respondan a necesidades reales de los territorios y no a prescripciones externas y desconectadas del espacio.

Bregamos por una participación genuina y sostenida, entendida no solo como un derecho, sino como una práctica cotidiana que garantiza que la cultura sea de todas y todos.

Consideramos que las comunidades que impulsan estos procesos, conformadas por individuos con recorridos diversos, buscan recuperar y sostener la esperanza en cada encuentro y vínculo que se construye.

* * *

La comunicación y la cultura se implican mutuamente. La comunicación es un proceso colectivo, situado, donde se negocian sentidos y se construye comunidad; la cultura es una trama de saberes, memorias y disputas. De ahí que afirmamos que la mediación cultural posibilita la construcción de otros significados y de la revisión crítica de sentidos que históricamente naturalizaron desigualdades, silenciamientos y jerarquías.

Desde la perspectiva de la educación popular y los procesos culturales latinoamericanos, nos preguntamos qué sentidos necesitamos transformar, qué silencios desarmar y qué memorias recuperar. La decolonización aparece así como una tarea ético-política de quienes habitamos estas latitudes.

En la ciudad cultural que deseamos es sustancial cuestionar las narrativas dominantes, la centralización cultural, el patriarcado, las dinámicas de poder históricas, y reconocer que la falta de arraigo entre instituciones y comunidades debilita los procesos culturales y su capacidad transformadora.

Por eso incorporamos una mirada feminista e interseccional que amplía quiénes cuentan, quiénes son escuchados, qué narrativas se legitiman y qué cuerpos son posibles imaginar en el espacio público. Contar quiénes somos y cómo nos vinculamos requiere narrativas que no reproduzcan lógicas verticales y centralistas, sino narrativas horizontales y canales de comunicación que acompañen y posibiliten las dinámicas participativas. Es decir, la creación y fortalecimiento de redes sociales, no necesariamente digitales.

En este sentido, imaginamos medios de comunicación colectivos, cooperativos y plurales, creados por y para las comunidades, medios que integren saberes académicos, populares, artísticos y territoriales; medios que documenten procesos, acompañen luchas y sostengan memorias, que no reproduzcan jerarquías, que recuperen formas ancestrales de comunicación, rituales y sentidos distintos a los occidentales, reconociéndonos en nuestras propias raíces.

* * *

Imaginamos vínculos basados en la proximidad, los afectos y la corresponsabilidad, que fomenten la sensibilidad social y el trabajo conjunto con instituciones, organizaciones comunitarias y actores territoriales. Desde esta trama de relaciones buscamos incidir en las desigualdades estructurales y avanzar hacia una justicia cultural y territorial que garantice condiciones dignas de vida y, con ellas, el ejercicio real de los derechos culturales.

En este camino, es fundamental recuperar la potencia de los lenguajes como herramientas de expresión, comunicación y transformación. Los lenguajes artísticos, corporales, comunitarios y afectivos permiten enriquecer la mirada propia y colectiva. Expanden las posibilidades de encuentro, habilitan formas de participación horizontales y accesibles, donde cada persona pueda ejercer su voz y construir, junto con otras, el mundo que se desee habitar.

Apostamos a culturas que se construyan colectivamente, que reconozcan las diferencias como potencia, y que se proyecten hacia horizontes más justos, inclusivos y solidarios, caminando hacia utopías posibles. Creemos que la mediación cultural permite ensayar respuestas colectivas para todas las transformaciones que soñamos. No es un puente neutral entre instituciones y comunidades, ni un mero dispositivo técnico de gestión. La mediación cultural es un acto político de vinculación y creación, un ejercicio permanente de escucha, de reconocimiento de saberes diversos, de tejido de vínculos que desafían las lógicas del mercado y la concentración del poder.

En tiempos de fragmentación y desigualdad creciente, la mediación cultural se afirma como una herramienta fundamental para garantizar que los derechos culturales no sean letra muerta, sino experiencia viva. Es en la mediación cultural donde se juega la posibilidad de que cada voz encuentre su lugar, de que cada memoria sea preservada, de que cada comunidad pueda nombrar su mundo y participar activamente en la construcción del presente.

La mediación cultural tiene la responsabilidad coyuntural de sostener la esperanza, de mantener vivos los espacios del encuentro, de defender el derecho inalienable de los pueblos a crear, imaginar y soñar colectivamente. Cada taller, cada asamblea, cada proyecto comunitario, cada espacio recuperado para la cultura es un gesto de resistencia y un anuncio de futuros posibles.

No hay transformación social sin transformación cultural. No hay justicia sin democracia de las narrativas. No hay dignidad colectiva sin el derecho pleno a participar en la creación del mundo simbólico y material que habitamos.

Si la cultura es el campo donde se disputan los sentidos de lo común, la mediación cultural es la práctica que hace posible que esa disputa sea democrática, que las voces históricamente silenciadas sean escuchadas, que los saberes marginados sean reconocidos, que las comunidades sean protagonistas de su propio devenir.

ENTRE.SABERES

Mediación Cultural en la comunidad

PARTICIPANTES

Mirta Alzugaray, Vanesa Amarilla, Victoria Arias,
Lorena Arredondo, Luciano Ávila, Antonella Ayala,
Violeta Lilian Barca, Héctor Bonetti, Melani
Cacciabué, Nora Carelli, Agustina Castro, Juan José
Chizzini, Julia Claá, Paola Colussa, Sofía Delconte,
Celina Dyke, Andrea Eletti, Melina Estrubia, Gastón
Farías, Mercedes Fernández, Nahir Franco, Ana Belén
Frankensteiner, Yesica Gamarra, Gladys Gamarra
Ruiz, Martina Gamba, Paloma García, María Sol Giani,
Juliana Gómez de la Vega, Patricio Gonzalez Pividori,
Mariana Goñi, Natalia Guzmán, Abi Hadad, María
Belén Haller, Valentina Leiva, Leonel Lillini, Paula
López, Mariel Marin, Rocío Marquez, María Belén
Martínez, Luciana Oggier, Melisa Florencia Ordoñez,
Emilia Pais, Clara Perezlindo, Adriana Perrot, María
José Radaelli, Marta Guadalupe Radaelli, Maria del
Pilar Reca Degano, Melissa Rousset, Lidia Sanchez,
Gabriel Soto, Sebastián Vernetti, Milena Lucia
Villarreal, Eliana Vuotto, Gabriela Zárate

Entre septiembre y noviembre de 2025 la Universidad Nacional del Litoral llevó a cabo el curso Entre Saberes: Mediación Cultural en la Comunidad, entendido como un espacio de encuentro, formación y construcción colectiva.

Participaron más de 50 artistas, gestores, educadores, estudiantes y referentes de instituciones, cooperativas, organizaciones comunitarias y espacios artísticos, educativos y sociales de la cultura local.

Se concibió como un espacio de encuentro horizontal, dialógico y participativo, abierto para reflexionar, cuestionar, poner en común y revalorizar los diversos recorridos de cada participante. Desde lo lúdico, lo sensible y lo experiencial, se construyeron nuevos sentidos, saberes y caminos hacia otros modos posibles de vivir y hacer cultura, en vistas a sensibilizar las miradas y prácticas, fortalecer lazos entre actores territoriales y hacer posibles transformaciones sociales a través del arte y la cultura.

La propuesta fue organizada por la Dirección de Cultura Universidad Nacional del Litoral, en el marco de la Red Encuentro de Universidades por la Cultura Comunitaria y cuenta con el apoyo de Ibercultura Viva.

RECTOR

Enrique Mamarella

SECRETARÍA DE EXTENSIÓN Y CULTURA

María Lucila Reyna

DIRECTORA DE CULTURA

Rocío Giménez

EQUIPO

Karina Arach Minella

Fernando Marchi Schmidt

María Cecilia Fladung

Analía Batistela

Estefanía Schneider

Ivan Imbert

Franco Bertossi



Universidades por la
Cultura Comunitaria



SECRETARÍA DE
EXTENSIÓN Y CULTURA

ENTRE.SABERES

Mediación Cultural en la comunidad